

EL «DIARIO INTIMO

DE ALFONSO XIII»

hay que olvidar la edad que tenía por entonces aunque quizá la impresión que produjo en quienes han llevado una infancia corriente, sea la de un muchacho triste, lleno de la mejor voluntad, inteligente y con una extraña intuición de lo que los esperaba a él y a su país ("porque de mí depende", escribe "al día de quedar en España la Monarquía Borbónica o la República").

Nadie podrá negarle: Alfonso XIII su gran amor a España

y en el Diario comprobamos cómo se preocupaba día tras día, casi un niño todavía, por lo que

en el país funcionaba mal. No se olvide que muy poco antes, en 1888, ocurrió el Desastre, que no era más que una consecuencia de una cadena de desaciertos. Su interés por el resurgimiento de la Marina española, asoma con insistencia en estas

páginas, así como su devoción por todo lo militar. (Por ejemplo: "En el cuartel de Infantería, que está en un estado bastante regular, mandó tocar atención y generala, tardando bastante en formar y además mal". O bien encuentra en unos cuarteles de Artillería "un lujo superfluo".) A medida que se va acercando al momento de empezar a reinar, se acentúa en él el sentido crítico y —siempre muy brevemente— deja caer en su Diario, como dice Castillo Puche, unas "gotas de ironía",

como cuando lamenta el retraso de los trenes. Las condiciones anómalas de su nacimiento, como hijo póstumo de padre enfermo, crearon en torno suyo una red de continuas precauciones. El muchacho se va fortaleciendo física y espiritualmente. Se hace cada vez más deportista y se somete cada heroicamente a las penosísimas exigencias de la vida protocolaria de un rey. El mismo día de la Jura se produjo un incidente al salir de Palacio: "En el momento de anovar el coche por la puerta, se lanzó un hombre sobre la portezuela, la abrió y se subió. Yo no sabía sus intenciones, así es que le metí un puñetazo tremendo en la cara; eso y que lo agarraron por detrás, le obligó a ceder y cayó de espaldas".

José Luis Castillo-Puche ha escrito varios capítulos para enlazar al rey niño con el Alfonso XIII de los treinta años siguientes y especialmente rela-

da de 1911. Pero no podía faltar aquí el novelista —mejor dicho, el hombre imaginativo— y añade una "Divagación surrealista" en la que presenta, mediante unos ancianos que toman el sol ante Palacio —ya en nuestros días— algo así como un análisis espectral de las posibilidades monárquicas. Se declara neutral en este asunto e insiste en que su deseo es únicamente informar. Desde luego, la publicación del Diario es un buen servicio para la historiografía y, a pesar del aspecto anodino de una gran parte de sus días, quizá sea esa cotidianidad de un rey lo que más nos sirve para penetrar en las dificultades con que puede tropezar un joven monarca para el pleno desarrollo de su personalidad. Castillo-Puche subraya el peligro de la obsequiosidad palaciega y la tendencia a rodar de cortinas de humo al monarca. Echa de menos en la educación del Rey más malicia, menos confianza y, en definitiva, una actitud más dura y conforme con la acritud de los nuevos tiempos. "Y digo esto", escribe el autor, "defendiendo a todo trance la ingenua bondad de Alfonso XIII, ejercida incluso con sus más acérrimos enemigos... Más liberal con los demás que consigo mismo fue Alfonso XIII."

En un sentido de alto periodismo, se enriquece este libro con una larga y muy interesante entrevista de Castillo Puche con S. A. Don Juan de Borbón y una descripción, con detenimiento y gracia que no excluyen el respeto, del ambiente de Estoril e incluso de los viajes realizados por el autor. Una espléndida documentación gráfica —de primera mano en lo relativo a Don Juan— da aún mayor interés a este libro, que

LIBR

Por Rafael Vázquez-Zamora



JOSÉ Luis Castillo-Puche es un escritor imprevisible; aunque novelista de firme vocación y constante labor, encuentra tiempo para embarcarse en las más insólitas empresas bibliográficas. Un buen día descubrió que el aventurero del XIX, Arifantta, no había sido tal como Baroja lo había novelizado, y escribe un extenso libro basado en documentos que don Pio no conocía—aunque, en verdad, no podríamos ponerle fronteras documentales a la imaginación de un novelista—; y otro día toma Castillo-Puche el avión para América (¡así para América entera) y arma un tremendo revuelo diciendo todas las cosas que ese viaje le hace pensar, diciéndolas sin tapujos ni tópicos; lo mismo que ahora tiene ya dispuesto un original guion cinematográfico que es a la vez una novela, acerca de los pastores vascos con los que él convivió en los Estados Unidos; y, después de haber acompañado a los de la Vuelta Ciclista (antes de irse al Congo ex Belgica), nos acompaña con la publicación del "Diario íntimo de Alfonso XIII" (1), que él encontró, en dos viejas librerías, una de cubiertas rojas y otra de cubiertas negras, que le habían sido regaladas al adolecente Alfonso por sus hermanas Mercedes y María Teresa, con esta recomendación: "Querido Alfonso: Apunta aquí las fechas notables y todo lo que sea digno de recordarse..." Pero no hizo falta que le advirtiesen al joven rey (que ya lo era; nació coronado, aunque hubiese de jurar la Constitución ante el Congreso, a sus dieciséis años) no hizo falta que sus hermanas le recordasen que un monarca no puede permitirse expresar libremente sus íntimos problemas en un Diario que, como siempre sucede, puede ser leído algún día por todos. En efecto, todos los diarios íntimos acaban siendo encontrados y difundidos cuando se han escrito pensando en esa posible difusión. Pero a diferencia de las Memorias de escritores, que ponen en ellas en juego la imaginación y el afán de "quedar", de legar a sus futuros lectores una imagen brillante y llena de ingenio y de atractivo, Alfonso XIII, por el contrario, se limitó a dejar anotadas los hechos cotidianos, los acontecimientos familiares y, de vez en cuando, algunos juicios personales sobre lo que veía y oía en sus visitas a los regimientos, a los barcos de guerra, en las fiestas palácicas, las inauguraciones y en la vida relativamente más libre de los veraneos en San Sebastián.

Castillo-Puche interviene con mucha frecuencia en la edición de este Diario real y, como si dijéramos, lo hace mucho más íntimo de lo que verdaderamente es debido a la impresionante sobriedad con que el Rey hacía sus anotaciones, y al dominio de sí mismo que le hace decir escuetamente, por ejemplo: "Tras breve enfermedad, en la mañana de hoy ha fallecido don Práxedes Mateo Sagasta, ex presidente del Consejo de Ministros" (lunes, 5 de enero de 1903) sin añadir el menor comentario a la desaparición de un hombre que tanto había representado en la política española y que tan apreciado fue por la Reina Regente. Y esa contención en las efusiones, ese autocontrol, no significaban en absoluto frialdad. Cuando asesinaron a Canalejas en la Puerta del Sol, diez años después de terminar este Diario, Alfonso XIII salió a toda prisa en su coche, completamente solo y se presentó en Gobernación, como uno más, abriéndose paso entre la gente agolpada a la entrada.

Lo que plantea sobre las apuntaciones de este Diario de un joven rey (empezado el día 15 de abril de 1900 y terminado, sin explicación alguna, el 21 de enero de 1903) es la augusta personalidad de su madre, la gran reina María Cristina. Al escribir lo que sucede a su alrededor, lo hace forjándose a las normas de la etiqueta y siempre a tono con el ambiente que respira pero hay en él un solterado deseo de evadirse de esas "látas" formidables, como llega a decir alguna vez y su carácter simpático se transparenta en muchas ocasiones en observaciones graciosas y desmenuadas. No

(1) Diario íntimo de Alfonso XIII. Recogido y comentado por J.L. Castillo-Puche, Biblioteca Nueva - Madrid, 1960